

BEN MACINTYRE

LOS HOMBRES DEL

SAS



HÉROES Y CANALLAS
EN EL CUERPO
DE OPERACIONES
ESPECIALES BRITÁNICO



CRÍTICA

Ben Macintyre

Los hombres del SAS

Héroes y canallas en el cuerpo
de operaciones especiales británico



Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2017

Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2018

Los hombres del SAS

Ben Macintyre

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *SAS Rogue Heroes*

© Ben Macintyre, 2016

© de los mapas, Jeff Edwards, 2016

© de la traducción, Efrén del Valle, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-022-2

Depósito legal: B. 13929 - 2018

2018. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

1

Soldado vaquero

Cinco meses antes de la Operación Squatter, un soldado alto y delgado yacía inmóvil y malhumorado en una cama de hospital de El Cairo. El 15 de junio de 1941, el oficial de veinticinco años había sido trasladado al Hospital Militar Escocés paralizado de cintura para abajo. Una carta remitida a su madre por el Ministerio de Guerra especificaba que había sufrido «una contusión en la espalda provocada por una acción enemiga».

No era estrictamente cierto. El soldado herido ni siquiera llegó a ver al oponente: no había recibido una instrucción adecuada, había saltado sin casco, la cola del avión había rasgado su paracaídas y había caído más o menos al doble de la velocidad recomendada. Tras el impacto quedó inconsciente y sufrió una grave lesión medular que lo dejó temporalmente ciego y sin sensibilidad en las piernas. Los médicos temían que no volviera a caminar jamás.

Antes del accidente, la aportación del oficial a la campaña había sido ínfima: carecía de la disciplina militar más básica, le resultaba imposible desfilar en línea recta y era tan holgazán que sus compañeros lo apodaban «Gigante Vago». Desde su llegada a Egipto con el contingente británico, se había pasado casi todo el tiempo en bares y clubes de El Cairo o apostando en el hipódromo. Las enfermeras del hospital lo conocían bien, ya que por las mañanas solía dejarse caer por allí, pálido y con resaca, pidiendo una ráfaga de la botella de oxígeno. Antes del salto en paracaídas que lo llevó al hospital era objeto de una investigación para determinar si había fingido estar enfermo y debía ser sometido a un consejo de guerra. Sus compañeros lo te-

nían por una persona agradable y divertida; en cambio, la mayoría de sus superiores lo consideraban grosero, incompetente y de lo más irritante. Al finalizar la instrucción recibió una valoración rotunda: «es irresponsable y mediocre».

El teniente David Stirling, de la Guardia de Escocia, no era un soldado convencional.

El escritor Evelyn Waugh, un oficial del comando, fue a visitar a Stirling tres semanas después de su ingreso en el hospital. La enfermera jefe le había informado erróneamente de que ya le habían amputado una pierna y de que con total seguridad perdería la otra. «No siento nada», dijo a su amigo. Avergonzado, como suele ocurrirles a los ingleses cuando se enfrentan a una discapacidad, Waugh se sentó al borde de la cama y concatenó una serie de conversaciones intrascendentes, evitando en todo momento el tema de la parálisis. Sin embargo, de vez en cuando miraba furtivamente al lugar donde debía estar la pierna que le quedaba a Stirling y, cuando lo hacía, este movía el dedo gordo del pie derecho haciendo un esfuerzo titánico. Finalmente, Waugh se dio cuenta de que estaba burlándose de él y golpeó a Stirling con una almohada.

—Qué cabrón, Stirling, ¿cuándo ha ocurrido?

—Minutos antes de que llegaras. Requiere esfuerzo, pero ya es algo.

Stirling estaba recuperando la movilidad. Otros habrían gritado de alegría, pero, para él, el primer signo de mejoría era una oportunidad excelente para gastar una inocentada a uno de los novelistas más importantes de Gran Bretaña.

Stirling aún tardaría otras dos semanas en poder mantenerse erguido y varias más en empezar a renquear. Pero en aquellos dos meses de inactividad forzada reflexionó mucho, algo que, pese a su fama de insensato, se le daba bastante bien.

Los comandos debían convertirse en las tropas de asalto británicas, voluntarios elegidos y entrenados para organizar destructivas incursiones contra objetivos del Eje. El primer ministro Winston Churchill había llegado a la conclusión de que el escenario ideal era el norte de África, donde podrían llevar a cabo ataques por mar contra bases enemigas dispersadas por toda la costa mediterránea.

Aunque nadie le había pedido su opinión, Stirling creía que el concepto no estaba funcionando. Los comandos permanecían inactivos la mayoría del tiempo, esperando una orden para la gran ofensiva que nunca llegaba; las pocas veces que entraron en acción, los resultados fueron decepcionantes. Las tropas alemanas e italianas contaban con que se producirían ataques por mar y estaban preparadas. Los comandos eran demasiado numerosos e inmanejables como para lanzar una ofensiva sin ser vistos; el elemento sorpresa se esfumaba de inmediato.

Pero ¿y si atacaban desde el otro lado?, se preguntaba Stirling. Al sur, entre Egipto y Libia, se encontraba el Gran Mar de Arena, una vasta extensión de dunas con un área de 116.500 kilómetros cuadrados. Según los alemanes, el desierto, una de las zonas más inhóspitas de la Tierra, era casi infranqueable, una barrera natural. Por tanto, la protección y la vigilancia eran prácticamente inexistentes. «Los cabezas cuadradas no están controlando ese mar», pensó Stirling. Si, al abrigo de la oscuridad, varios equipos integrados por hombres bien preparados lograban infiltrarse en el flanco enemigo que bordeaba el desierto, tal vez podrían sabotear aeródromos, almacenes de suministros, líneas de comunicación, vías ferroviarias y carreteras y luego volver al acogedor vacío del mar de arena. Un comando compuesto por varios centenares de hombres sólo podía atacar un objetivo en cada operación; pero varias unidades más pequeñas que avanzaran, atacaran y se retiraran con rapidez podían destruir varios objetivos simultáneamente. La oportunidad de hostigar al enemigo por la retaguardia y cuando menos se lo espera es el sueño dorado de todo general. La peculiar orografía del norte de África brindaba esa posibilidad, pensó Stirling mientras yacía medio paralizado en su cama de hospital intentando mover los dedos del pie.

La idea de Stirling obedecía más a una ilusión que a la experiencia; no era fruto de largas horas de reflexión y estudio, sino del profundo tedio de la convalecencia. Se basaba más en la intuición, la imaginación y la confianza en sí mismo, de la cual Stirling iba sobrado, que en su veteranía en la guerra en el desierto, de la cual carecía por completo.

Pero era una idea inspirada, una idea que sólo se le podría haber ocurrido a alguien tan raro y extraordinario como Archibald David Stirling.

Stirling era una de esas personas que prosperan en la guerra tras haber fracasado en la paz. En su corta vida había probado suerte en varias profesiones —artista, arquitecto, vaquero y montañero—, pero sin éxito en ninguna de ellas. Privilegiado por nacimiento y educación, inteligente y capaz, podría haberse dedicado a lo que quisiera, pero en sus primeros años no hizo nada reseñable. La guerra fue su salvación.

La familia Stirling, una de las más antiguas e importantes de Escocia, atesoraba una gran distinción, dilatadas tradiciones militares y una considerable excentricidad. La madre de David Stirling era hija de lord Lovat, el jefe del clan Fraser, cuyo linaje se remontaba a Carlos II. Su padre, el general Archibald Stirling, sobrevivió a un gaseamiento durante la primera guerra mundial, ejerció de diputado y más tarde se retiró a Keir, la finca de seis mil hectáreas que había ocupado la familia en Perthshire durante cinco siglos. El general presidía sus extensas tierras y su díscola familia como un cacique benigno pero distante que observa un campo de batalla desde lo alto de una colina. Margaret, la formidable madre de David, era la presencia más poderosa: sus hijos la adoraban. Keir House, donde David Stirling nació en 1915, era un edificio grande y gélido incluso en verano; estaba lleno de viejos trofeos de caza y en él reinaban el alboroto y las diabluras. Los Stirling inculcaron buenos modales a sus seis hijos, pero, por lo demás, les dejaban hacer su vida. Los cuatro varones, de los cuales David era el segundo, se criaron acechando a los ciervos, cazando conejos, peleando y compitiendo. Uno de sus juegos favoritos era una especie de duelo fraternal con rifles de aire comprimido: dos de los hermanos se disparaban mutuamente a la espalda, acercándose un paso después de cada disparo.

Pese a esos comienzos aristocráticamente espartanos, David Stirling no era un niño fuerte. Tras ser enviado al internado católico

de Ampleforth cuando tenía ocho años, contrajo la fiebre tifoidea y pasó en casa el largo período de recuperación. Sufría un impedimento en el habla que finalmente fue corregido mediante cirugía. No le gustaba el deporte y lo evitaba a toda costa. Creció a un ritmo asombroso: a los diecisiete años medía casi dos metros y era un chico desgarbado, tozudo, insensato y excepcionalmente educado. En buena medida gracias a su posición social, consiguió plaza en la Universidad de Cambridge, donde destacó por su mal comportamiento, y se pasó más tiempo en el hipódromo de Newmarket que estudiando. «Si la vida tenía algo de seriedad, a mí se me escapaba por completo», reconocía tiempo después. No tenemos constancia de que alguna vez abriera un libro. Al cabo de un año, el director de la facultad le informó de que sería expulsado, le leyó una lista de veintitrés infracciones y lo invitó a elegir las tres que considerara «menos ofensivas» para su madre.

David Stirling decidió que quería ser artista en París. Su talento para la pintura era escaso, pero tenía una boina y anhelaba la vida bohemia. Algunos han detectado «una extraña mezcla de belleza y sordidez» en sus cuadros, pero su tutor francés no, y tras año y medio de libertinaje en la margen izquierda le dijo que, si bien algún día podía llegar a ser un dibujante comercial medio decente, su «pintura nunca poseería mérito alguno». Stirling estaba profundamente disgustado; su fracaso como artista lo marcó para siempre y tal vez explique la constante inseguridad que se ocultaba tras aquella fachada de confianza.

Regresó a Cambridge para estudiar arquitectura, pero no tardó en dejarlo otra vez. Su trabajo con un arquitecto de Edimburgo fue efímero. En ese momento intervino su madre, que exhortó a su segundo hijo a dejar de divagar y a hacer algo con su vida. Stirling anunció que quería ser el primero en escalar el monte Everest.

El físico de Stirling era bastante inadecuado para trepar por las rocas, y apenas tenía experiencia en materia de escalada. Además, padecía vértigo. Desde 1921, varios británicos intrépidos habían tratado de escalar la montaña más alta del mundo y docenas habían perecido en el intento. Subir el Everest era una empresa cara, peli-

grosa y exigente, y Stirling estaba en la ruina, pero ello no lo disuadió de triunfar donde otros montañistas cualificados, experimentados y bien provistos de fondos habían fracasado. Se pasó un año escalando en los Alpes suizos financiado por su madre y más tarde se unió a la reserva suplementaria de la Guardia de Escocia, el regimiento de su padre, con la esperanza de que una instrucción militar a tiempo parcial permitiera su expedición a la montaña. Pronto se despojó del uniforme, repelido por el mortal aburrimiento de la plaza de armas. En 1938, a la edad de veintitrés años, viajó a Estados Unidos con la intención de escalar las montañas Rocosas y recorrer la Gran Divisoria. Se encontraba al sur de Río Grande, tras varios meses cuidando ganado en compañía de un vaquero llamado Roy «Panhandle» Terrill, cuando se enteró de que Gran Bretaña había entrado en guerra, cuyos estadios previos le habían pasado prácticamente inadvertidos. Su madre le mandó un telegrama: «Vuelve a casa por el medio más barato posible». Stirling voló a Gran Bretaña en primera clase y volvió a enfundarse el uniforme.

El David Stirling que se personó en el cuartel general de Pirbright en otoño de 1939 era una extraña mezcla de rasgos. Ambicioso pero disperso; inmerso en las tradiciones marciales pero alérgico a su disciplina. Un exterior bullicioso encerraba en su interior a un hombre proclive a depresiones periódicas cuyos exquisitos modales y sociabilidad enmascaraban momentos de tormento. Stirling era un romántico, con un talento innato para la amistad pero poco deseo o necesidad de intimidad física. Al parecer perdió la virginidad cuando estudiaba arte en París. Con Panhandle Terrill había disfrutado de la compañía de «esas chicas oscuras de México». Pero, al parecer, su timidez natural, sumada a una rígida educación católica sólo para varones, le había inculcado cierto miedo a las mujeres. «Los confusos años de la pubertad, plagados de sentimiento de culpa, ejercieron una presión terrible», comentó en una ocasión. Hablaba de «depredadoras»; los pocos encuentros románticos que había mantenido los describía como «huidas por los pelos», como si temiera verse atrapado. «Los vínculos de cualquier índole son una presión que me resulta muy difícil de soportar», reconocía. Había tenido muchas amigas y,

según su biógrafo, «sentía atracción por el sexo opuesto». Sin embargo, sólo parecía relajarse entre hombres y en «espacios abiertos». Como muchas personas sociables, era un poco solitario. Era un monje guerrero que anhelaba la acción y la compañía de los soldados; pero cuando terminaba el combate, se sumía en la soledad.

Stirling también creía mucho en sí mismo, una confianza que era fruto de sus orígenes de alta cuna y de unas oportunidades ilimitadas. No le preocupaban lo más mínimo las convenciones y consideraba las normas un incordio que debía ignorar, incumplir o superar de algún modo. Era sumamente respetuoso con sus inferiores sociales y no hacía deferencias por cuestiones de rango. Su modestia era extraordinaria y le repugnaban los bravucones y los charlatanes: «fanfarrón» y «pomposo» eran sus insultos más graves. Era disperso y olvidadizo, pero tenía un poder de concentración fenomenal. Pese a su cuerpo desgarbado y a su irregular historial académico, sentía una fe inquebrantable en sus propias capacidades, tanto intelectuales como físicas. Stirling hacía lo que le venía en gana sin importarle que los demás consideraran sus propósitos insensatos o imposibles. El SAS en parte nació porque su fundador no aceptaba un no por respuesta, ya fuera de sus superiores o de sus subalternos.

Igual que la logística del montañismo le había resultado aburrida, los preparativos para la guerra le parecían indescriptiblemente tediosos. Como muchos otros jóvenes, Stirling ansiaba entrar en combate pero, en cambio, se vio encadenado a un régimen de desfiles interminables, inspecciones de material, instrucción armamentística y todos los elementos repetitivos de la vida militar. Por tanto, se rebeló. Huía del cuartel general de Pirbright e iba asiduamente a Londres a pasarse la noche bebiendo, apostando y jugando al billar americano en el White's Club; con frecuencia era descubierto y confinado a los barracones. Como recluta, Stirling era una pesadilla: impertinente, indolente y a menudo adormilado a causa de sus correrías nocturnas. «Era muy irresponsable —recordaba Willie (más tarde vizconde) Whitelaw, que también estaba formándose como oficial en Pirbright—. No podía tolerar que nos entrenaran en función del último gran conflicto. Su reacción fue ignorarlo todo.»

Fue en el bar del White's, uno de los clubes de caballeros más exclusivos de Londres, donde Stirling oyó hablar por primera vez de una vertiente militar que parecía mucho más afín a las aventuras y emociones que él tenía en mente: un nuevo comando de élite concebido para atacar objetivos enemigos de relevancia causando el máximo impacto posible. Lord Lovat, un primo de Stirling, fue uno de los primeros en ofrecerse voluntario.

El contingente, bautizado como «Layforce» y liderado por el teniente coronel Robert Laycock, consistiría en más de mil quinientos voluntarios repartidos en tres regimientos, reclutados entre los Foot Guards (la infantería regular de la División Household) y otros grupos de infantería: un equipo de élite integrado por atacantes y merodeadores especializados y muy bien entrenados. Lord Haw Haw, el traidor británico que retransmitía por radio los anuncios nazis en Inglaterra, describía a los comandos como «los carniceros de Churchill».

Stirling se presentó voluntario inmediatamente. Pronto estuvo recorriendo los bosques del oeste de Escocia, un terreno que conocía desde niño y se hallaba bien lejos de la plaza de armas que tanto detestaba. Los comandos se entrenaron durante semanas entre los pantanos y helechos de la isla de Arran: marchas, combate sin armas, resistencia, movimientos tácticos y técnicas de orientación y supervivencia. Incluso en esos primeros estadios, algunos voluntarios percibieron algo diferente en el joven y alto oficial: Stirling era un líder nato con una fe discreta pero firme en sus propias decisiones y una caballerosa insistencia en hacer tanto como exigía a sus hombres o más. El 1 de febrero de 1941, la Layforce puso rumbo a Oriente Próximo. Finalmente, Stirling iba camino de la batalla y dejaba atrás un buen montón de facturas impagadas: a su corredor de apuestas, a su sastre, a su director de banco e incluso a un vendedor de artículos para vaqueros que reclamaba el pago de una silla de montar.

La Layforce había sido creada para desbaratar las líneas de comunicación del Eje en el Mediterráneo y liderar la conquista de Rodas. Pero cuando pisaron terreno egipcio, la situación militar había cambiado: la llegada a Cirenaica (en la costa este de Libia) del Afrika Korps, el contingente expedicionario alemán capitaneado por Erwin

Rommel, había transformado el panorama estratégico. Los británicos debían frenar los avances alemanes, y había dado comienzo la primera fase de la guerra «pendular» en el norte de África. El Afrika Korps, desplegado en un principio para apuntalar la defensa de las colonias norteafricanas de Italia, se movía con alarmante rapidez, lo cual obligó a los británicos a retroceder hasta la frontera egipcia con Libia y se saldó con el sitio de la ciudad costera de Tobruk. En lugar de irrumpir en Rodas, los comandos fueron divididos y enviados a acuartelar Chipre, cubrir la evacuación de Creta, reforzar la defensa de Tobruk y realizar incursiones en las costas de Cirenaica y Siria. Una ofensiva en Bardia, una ciudad situada en el litoral de Libia, apenas dio frutos, y sesenta y siete atacantes británicos fueron hechos prisioneros. De los ochocientos soldados enviados a respaldar la evacuación de Creta en mayo, lograron huir menos de doscientos, entre ellos Evelyn Waugh, que zarpó con el último barco. En junio, los comandos lograron crear una cabeza de puente en el río Litani, en Líbano, pero perdieron a una cuarta parte de sus efectivos ante las fuerzas francesas de Vichy.

Stirling, destinado en Egipto con la reserva de la Layforce, todavía no había disparado un arma y se aburría. «Sufrimos toda una serie de aplazamientos y cancelaciones, lo cual era extremadamente frustrante», recordaba más tarde. Antes de la partida de los comandos, el director de Operaciones Conjuntas les había anunciado que estaban a punto de «embarcarse en una empresa que sacudiría al mundo». Hasta el momento, Stirling ni se había inmutado. Como siempre que tenía poco trabajo, le dio por rebelarse. Peter Stirling, su hermano pequeño, trabajaba en la embajada británica en El Cairo, y su cómodo piso diplomático, situado en el barrio de Garden City, se convirtió en sede de fiestas desenfrenadas y salidas nocturnas a los antros de perversión de la ciudad.

Stirling empezó a faltar a los desfiles y a poner excusas. Sus alegaciones de problemas de salud no eran falsas del todo. Padeció un tremendo brote de disentería. Más tarde, a su regreso de unas maniobras nocturnas, tropezó con la cuerda de una tienda de campaña y se hizo un corte en un ojo que requirió puntos. A Stirling le resultaba

especialmente cómodo el hospital estadounidense y empezó a ingeniárselas para pasarse el día allí aduciendo que tenía fiebre. «En cierto sentido estaba bastante enfermo —afirmó más adelante—, porque salía de noche, después de haberme recuperado de la terrible resaca provocada por las actividades de la noche anterior en El Cairo, y restablecía mi enfermedad con las actividades de la noche posterior.» Alertados por la enfermera jefe del hospital, los superiores de Stirling empezaron a cuestionarse hasta qué punto se sentía indispuerto. No hacía más que beber y meterse en graves problemas, cuando le cambió la vida una conversación que mantuvo en la cantina con el teniente Jock Lewes, un compañero de comando que era tan disciplinado y recto como Stirling disoluto e indiferente.

Lewes le contó que recientemente se había hecho con varias docenas de paracaídas, asignados a una unidad desplegada en India y enviados por error a Puerto Said. El coronel Laycock le había dado permiso para que probara un salto experimental en el desierto. Stirling preguntó si podía acompañarlos, «en parte por diversión y en parte porque sería útil aprender a hacerlo», y sobre todo porque se aburría mucho. Así nació una importante e inverosímil asociación entre dos hombres que difícilmente podían ser más distintos.